



El Mulato de Murillo.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

(1656).

En el taller espacioso
de la morada que habita
Murillo, el pintor ilustre,
en la ciudad de Sevilla;
extrañas exclamaciones
se oyen y tal gritería
que nuncio parecen ser
de una ocurrencia inaudita.
Y á fé que para el tumulto
hay razon, pues los artistas
discípulos de Murillo,
que á España honraran un dia,
juguete son hace tiempo
de estupendas maravillas.

Ya Isturiz, en cuyos cuadros
el amarillo prodiga,
de la noche á la mañana
halla variadas las tintas:
ya Gutierrez, que á la tarde
cuidadosamente limpia
su paleta y los pinceles
sucios los ve al otro día:
ó Garzon por las mañanas
de su lienzo en las esquinas
descubre con gran asombro
caprichosas figurillas:
ó Antolinez enmendadas
las proporciones y líneas
vé de un San Juan que bosqueja:
ó Meneses clama y grita

encontrándose borrados
todos los cuadros que pinta.
Siempre esto pasa de noche;
y es lo extraño que vigila
durante ellas un *mulato*,
esclavo del gran artista,
que el asombro de los jóvenes
nunca de otro modo explica
que atribuyendo á algun duende
que invisible se desliza
en el taller, los portentos
de que su mente se admira.
Mas lo que en esta mañana
tal algazara motiva,
es que Gutierrez, que ansioso
el Descendimiento pinta
de la Virgen, bosquejadas
encontróse las divinas
facciones; mas con tal gracia,
con tan delicadas tintas
y espresion majestuosa,
que asombro y respeto inspiran.
—¿Lo veis?—á sus compañeros,
lleno de confusion grita;—
lo que en vano mi pincel
intentó á la luz del dia
en las sombras de la noche
el duende logró.

—¡Mé admiras!

dice Garzon ¿Por ventura
tú en el duende creerías?
—¿Y quién si no el mismo, Isturiz
y Antolinez le replican,
pudiera pintar de noche
con tal gracia y maestría?
—Qué se yo... el maestro acaso.
—¡Capricho en verdad sería!
Pero él llega, y enterarle
de lo que ocurre precisa.
Acudid, señor Murillo,
mirad. Y al punto la vista
dirigiendo el gran maestro
al lienzo que se le indica
esclama, retrocediendo
un paso:—¿Esa maravilla
de quién es obra, decidme?
¡Qué degradacion de tintas
tan dulce en esa cabeza!
¡Qué toques! ¡Qué valentía!
¡Qué empastado! ¡Y sobre todo

la espresion pura y divina
de los ojos! Quien bosqueja
de tal modo podrá un dia
darnos lecciones. ¿Gutierrez,
acaso fuiste el artista
que ejecutó esa cabeza
que á mi pincel honraria?
—No señor.

—¿Quién de vosotros
entónces?... ¡Callais! me admira
vuestro silencio. Y que un duende
no la hizo es cosa sencilla.
Aguardad: pronto sabremos
la verdad clara y precisa.
¡Sebastian! grita llamando.
Y á muy poco ante su vista
acude humilde un mulato,
que en la tarea mezquina
de moler color estaba
en una pieza contigua.
—Dí, bribon, en el taller
no duermes por órden mia
todas las noches?

—Sí, mi amo.

—¿Y en la pasada vigilia
no entró aquí nadie?

—Ninguno.

¡Mientes!—con cólera grita
Murillo.

—Señor, lo juro
por mi padre, de rodillas.
—Pues bien, álzate; mas sabe,
por si tu pellejo estimas,
que has de decirme mañana
quién es el nocturno artista
que entra en el taller y anoche
pintó esa Virgen María.
No repliques. Averigüalo
ó pobres de tus costillas.
Y saliendo del estudio
con el rostro ardiendo en ira,
dejó Murillo al *mulato*
la vista en el suelo fija
y comentando el suceso
á los jóvenes artistas.

II

Es de noche y una lámpara,
que arde con incierto brillo,

rasgar á intervalos logra
la sombra en que está sumido
el taller del gran artista
Don Bartolomé Murillo.
Al fantástico reflejo,
los sin iguales prodigios
á que su pincel dió vida,
toman movimiento y giro.
Mas la luz avergonzándose
sobre el cuello alabastrino
de una Inmaculada, muere
de sus pupilas al brillo
y va á besar de sus plantas
el calzado diamantino,
las alas rozando humilde
de algun jugueteon espíritu
á quien dió color la aurora
y el sol á sus ojos brillo.
En medio á aquel mar de sombras
vivientes, derecho y rígido,
cual maniquí abandonado,
vése á un jóven, casi un niño
por cuya faz bronceada,
entre angustiosos suspiros,
una lágrima deslízase
como plomo derretido.
Es Sebastian.—¡Desdichado
de mí!—murmura.—El alivio
que mi esclavitud endulza
va á faltarme.—¡Qué delito
cometí para encontrar
en vez de caricias, grillos
al nacer, y un ancho campo
de tormentos infinitos!
No me amedrenta por cierto
el prometido castigo,
mas ser tal vez arrojado
de esta casa, en que el divino
arte de mi amo presta
á mi sufrir lenitivo,
es una idea que abate
la entereza de mi espíritu.
Si confesase.... ¡oh, jamás!
De ese modo no consigo
en premio de mi osadía
sino aumentar el castigo:
y no tocar los pinceles
ya mas, es peor martirio.
¿Qué hacer? Sufrir y callar
pues que lo quiere el destino.—

Y doblando la cabeza
queda en su pesar sumido.
Mas ya el alba en el Oriente
muestra su semblante tímido
y con sus blancos cendales
cubre el firmamento límpido:
al verla el pobre *mulato*
lo olvida todo; el castigo,
su pesar, el porvenir,
el mundo y hasta sí mismo,
y dirigiéndose al cuadro
de Gutierrez; decidido
toma el pincel, la paleta,
mezcla colores distintos
y va á dar un diestro toque
en los ojos peregrinos
de la Virgen, cuando siente
que su pensamiento herido
por un poder invisible
el ofrecido castigo
le recuerda, y el terror
turba con fuerza su espíritu.
—¡Oh, no—esclama; imagen pura,
con profundo pesar mio
acabarte no es posible!
Mas.... ¡qué idea! ¿mi delito
perdonarian borrándote?....
Tal vez.... ¡ánimo! Y ya impio
coje una brocha animado
á tan duro sacrificio,
cuando fijando la vista
en el semblante divino
de la Virgen, retrocede
gritando:—¡Ténte, sacrilego!
esa cabeza respira,
tienen vida, luz y brillo
sus ojos, y de sus lábios
si no estoy loco, Dios mio,
siento el hálito escaparse
de un congojoso suspiro.
¡No, jamás! Venga en buen hora
la humillacion, el martirio,
pero borrarla..... imposible!
Si tal hiciera, yo mismo
creeria haberla matado,
vertido su sangre impío:
muera yo, que ella en el cielo
recompensará mi brío!—
Y asiendo el pincel prosigue
el cuadro ufano y prolijo

como si el tiempo y las horas parado hubiesen su giro, y sin notar que á su espalda Murillo con sus discípulos mudos de asombro, contemplan aquel extraño prodigio.

III

Sin poderse contener mas largo tiempo Murillo esclama:—Por fin, señores, cayó el duende en el garlito. Y confuso Sebastian al mirarse sorprendido ni aun para hablar tiene fuerzas disculpando su delito. ¿Quién es tu maestro?—dícele Murillo.

—Vos.

—¡Yo!

—Vos mismo.

—Mas ¿cuando te di lecciones?
—Las dais á vuestros discipulos y me permití escucharlas.
—No las echas en olvido á la verdad, Sebastian, repone alegre Murillo.
Y ahora—á los demás volviéndose ¿juzgais que premio ó castigo merece este jóyen?

—¡Premio!

¡premio!—todos sus discipulos esclaman.

—Pues bien, me hallo hoy tan contento contigo,

Sebastian, que pronto á darte estoy cuanto tu capricho ambicione.

—¡Será cierto!

¿Estoy soñando, Dios mio? Si me atreviese..... y cayendo de hinojos, Señor, os pido solamente que á mi padre deis la libertad.

—¡Bendito

sea mi patron!—esclama el gran maestro—y me admiro de mi ventura, pues veo que algo mas he conseguido que pintar cuadros: logré crear un pintor tan digno de dar al arte español con su pincel honra y brillo, que en libertad con su padre desde hoy, no como discípulo juro tenerle á mi lado, sino como á hijo adoptivo.

Y tendiéndole los brazos entre llantos y suspiros, quedaron Sebastian Gomez y el maestro confundidos.

Hé aquí el génio: brota á impulsos solo de un soplo divino.

¡Feliz si el renombre alcanza que *el mulato de Murillo!*

F. S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carreras, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO
Bordadores, 7.